

A LA MEMORIA DE HERNÁN CORTÉS

Antonia Ayuso de Blanco

*A la memoria del
invicto héroe Hernán Cortés,
en la inauguración de su estatua en Medellín
el día 2 de diciembre de 1890.*

¡Qué dorado sale el sol,
en la risueña mañana,
del dos del mes de diciembre,
entre celajes de grana!
¿Por qué ufano Medellín?
Su altiva frente levanta,
entre todas las naciones,
hoy gloriosa y coronada;
Y en belicosas canciones,
que el aire súbito arranca,
pronuncia un nombre glorioso,
que resonó en cien batallas.
Allá en los valles de Otumba,
en las playas Mejicanas,
y viva repite ansioso
el héroe de nuestra patria,
en estrepitoso estruendo.
¿Qué atronador se levanta?
¡Qué alegre esta Medellín,
que festivas sus comarcas,
como el placer por doquiera
y el entusiasmo resalta!
Aquí al son de cien clarines,
se miran gentes extrañas,
que aceleradas caminan,
en vistosas cabalgatas,
en una dirección misma,
y allí mil voces exclaman.
Honra y prez de nuestro suelo,

a el héroe de nuestra patria.
A él que conquistó otro mundo
con su flamígera espada,
su fe y religión llevando,
por apartadas comarcas,
a otros pueblos, a otras gentes,
a otras tierras y a otras razas,
hasta el imperio de Méjico,
descubierto por Grijalva,
donde blandió victorioso,
su sin par valiente espada;
de artillería con diez piezas,
frente haciendo a aquellas playas,
y quinientos ocho hombres,
su bravura denodada.
Vanos fueron los esfuerzos
del indómito monarca
para detener a Hernán,
que belígero avanzaba
al corazón de su imperio
con denodada pujanza;
Sin que desmaye su espíritu,
sin que vacile su lanza.
Y para no ofrecer dudas
de sus intenciones bravas,
prende fuego aquellas naves
que hasta allí le trasportaran.
Y... ¡Al agua!... ¡O a la pelea!
En altas voz les exclama.
¡Rasgo digno de aquel genio
que a dos mundos hermanara
con su valor sin segundo
y política extremada!
Aquel adalid bizarro,
cuya noble sangre hispana,
allí donde ve un escollo,

más se enardece y se inflama;
y raudo sigue, camina,
acomete, vence, ataca,
cuando a los Tlascaltecas
en tres sangrientas batallas.
¡Bello y luminoso día,
de brindis, glorias y fama.
Nació el ocho de noviembre,
luciendo sus tintas varias,
cuando pudiendo haber muerto
en la traición cholulana,
entró victorioso en Méjico,
lleno el pecho de esperanzas!
Aquí su valor despliega,
aquí la historia le exalta,
colocándose a la altura
de los héroes de más talla.
Allí prende a Moctezuma,
su renombrado monarca,
y arrostrando mil peligros.
Vence a Pánfilo que avanza,
enviado por Velázquez,
con su numerosa escuadra;
Por quitar al extremeño
aquella joya preciada,
que conquistó su valor,
y supo ganar su espada.
Reprime una insurrección
que rauda en Méjico estalla,
en su ausencia ocasionando,
la muerte al triste monarca;
Y desplegando en Otumba,
la más famosa batalla,
a más de cien mil soldados,
en lid arriesgada gana;
y entre penosas fatigas,

y mil lides encontradas,
derrota a Guatimocin¹,
sucesor de aquel monarca,
Moctezuma, emperador,
de prendas tan elevadas,
y enarbolando la cruz
de la religión cristiana,
sentó en tan remotos climas,
la dominación de España.
¡Viva!... Hernán Cortés repiten
galardón de nuestra patria.
¡Viva!... prorrumpen a un tiempo
cien ecos con fuerza tanta,
que, llegando hasta las nubes,
en el firmamento estallan.
Y esto grita el pueblo entero,
en estrepitosa alarma,
de aquel belicoso genio,
comentando sus hazañas.
Viva... repite también
mi cítara destemplada,
Hernán Cortés el bizarro
honra y corona de España.
El que nació en las orillas
del caudaloso Guadiana,
la luz del sol eclipsando,
con su brilladora fama.
¡Oh!... Bien puedes hoy Medellín
lanzar laureles y palmas
a el héroe que tanto brilla,
de nuestra historia en las páginas,
bien puedes sobre sus lares,
(qué ingratos días olvidaran)

¹ Se refiere a Cuitláhuac, también llamado Cuauhtláhuac, penúltimo huey tlatoani mexicana, señor de Iztapalapa y hermano de Moctezuma Xocoyotzin.

bien puedes hoy te repito,
levantar soberbio alcázar,
que en caracteres de oro
y en inscripciones de nácar,
a los venideros siglos
manifiesten sus hazañas.
Porque nació en tus entrañas
aquel militar valiente,
que tanto el mundo admirara.
Justo es si, que el orbe entero
enalteciendo su fama,
su excelso nombre pronuncie,
al son de doradas arpas.
Justo es que doquier le ensalcen,
argentíferas gargantas,
llevando sus dulces ecos,
el viento en ligeras alas.
¡Medellín!... ¡Pueblo pequeño!
Tu altiva frente levanta.
Que hoy sus blasones te encumbran
y sus escudos te agrandan.
Que hoy tus dorados esmaltes,
chispas tan fúlgidas lanzan,
a el ser escasos los mármoles
para incrustar sus hazañas.
Tañed... Tañed... Regaladas liras,
y al compás de dulces arpas,
cante el vate a rienda suelta
de su heroicidad la fama.
Que tus graciosas doncellas,
entretejiendo guirnaldas,
coronen el mausoleo,
que a tu memoria levantan.
Ya que tras de cuatro siglos,
tu nación no conservara
ni una estatua a tu memoria,

(lunas que oscurece a España)
más que no eclipsa la luz,
De tu encumbradora fama.
¡Ay! Deslizose tu existencia
tras de honor y gloria tanta,
en tus postrimeros días,
pobre, triste y despreciada...
¡Digno pago con que el mundo,
tu honradez recompensara!
Que, a los hombres como tú,
Premio tal se les prepara.
Cuando debió la corona,
a los filos de tu espada,
alcanzar tanto renombre,
adquirir riqueza tanta.
Más... ¿Qué le importa a tu virtud
pasar triste e ignorada,
si los genios de tu altura,
en su fe y valor descansan?
Tu que fuiste de Colón,
la corona laureada
de aquella inmortal cabeza,
que dos mundos encerrara.
Y marchando tras sus huellas,
tu bravura extraordinaria,
alcanzó para tus reyes,
extensísimas comarcas.
Pero... Corramos un velo...
Por no eclipsar de tu patria,
los timbres con que se escuda,
las piedras con que esmalta.

¡La tierra te sea ligera!
Y el querube con sus alas
te cubra, y con las canciones

de sus cítaras sagradas,
te rinda allí los honores
que el mundo aquí te negara.
¡Castilleja de la Cuesta!...
Sus frías cenizas heladas,
guarda piadosa en tu seno,
cual madre amorosa y blanda.
Mira que aun yertas humean,
y aunque inermes se levantan
por su belicoso ardor
y patrio amor inflamadas,
extiende sobre su fosa,
coronas de rosas blancas
y flores de siempre vivas,
que no marchiten su fama.
¿Qué le hace que la fortuna,
con faz veleidosa y varia,
quisiera eclipsar tus glorias
si aún más brillantes resalta?
¿Disminuye el sol su disco
porque en celajes de grasa
alguna nube interpuesta
oculte su haz dorada?
Aún más brillante aparece,
cuando una ligera ráfaga,
impele a la nubecilla
y sus fulgores resaltan.
Y pues que fuiste el sol,
de la dilatada España;
ni se amengua tu esplendor,
ni disminuye tu fama.
¡Hernán Cortés!... Yo no lejos
de tu tierra bien hadada.
Miré la primera luz,
sentí las primeras auras,
aspiré de tus campiñas

la suavísima fragancia;
de tu tradición las glorias,
de tu abnegación la fama,
hasta en mis pueriles días,
mi pobre mente inspirarán.
Y admiradora constante
de tus insignes hazañas,
corro a rendirte también
mi humilde lira entusiasta.
¡Oh! Perdona si al invocarte,
enronquecidas mis arpas,
pálidamente bosquejan,
lánguidamente retratan,
de tus colosales hechos,
las líneas con que se trazan.
Perdona si la cantora,
oculta, pobre ignorada,
hose pronuncia tu nombre,
se atreva a rasgar sus arpas,
y en vez de tejer coronas,
con que tus sienes se ornaran,
dispersas hojas produzca,
sin verdor y sin fragancia.
Cuando debieran cantarte
las cítaras laureadas,
de esclarecidos poetas,
con notas tan dedicadas;
que en argentinas cadencias,
el Universo llenaran.
Y otros vates; y otros genios,
y otras plumas más gallardas,
trazaran de tu figura
la sin par nobleza hidalga;
entre los dulces concientos.
Que para honrarte lanzaran,
pero acepta de mi numen,

esta mísera guirnalda;
que, aunque con vellos topacios
y aljófares no se engarza,
aunque el genio en raudo vuelo
no la remonte en sus alas,
fiel expresión de mi labio
yo la coloco a tus plantas.

Don Benito, 1890